

# Enrique Alvear

## OBISPO DE LOS POBRES

El jueves 29 de abril, a las 14.25 horas, murió don Enrique Alvear, Obispo Vicario de la Zona Oeste de Santiago. La gran prensa de Santiago no dio mayor relevancia a su muerte, en contraste con los pobladores, los obreros y los jóvenes que repletaron la Catedral el viernes, que llevaron su urna en hombros hasta la Basílica de Lourdes y que la colmaron el sábado y domingo para celebrar la Pascua de su Pastor, a quien empezaron a llamar "el Obispo de los pobres". En su muerte se hizo manifiesto el fruto de su opción profunda por los pobres de este mundo que no ocupan las primeras planas de los periódicos, pero que son los privilegiados de Dios.

### Aprender a ser Obispo

Don Enrique, como lo llamábamos cariñosamente, llegó a la Zona Oeste de Santiago hace ocho años, después de ser Obispo de San Felipe. En los primeros tiempos sintió que la Zona era como "un tren lanzado a altas velocidades y que, por mucho que corriera, apenas alcanzaba a subirse al último vagón". Pero su fidelidad profunda a Dios y a la realidad lo hizo orar, escuchar, dialogar y escudriñar los acontecimientos con constancia infatigable, hasta transformarse en el Pastor que iba delante de su pueblo abriendo la senda de la evangelización liberadora. Ocho días antes de su muerte, al celebrar la Eucaristía en el décimonono aniversario de su consagración episcopal, agradeció, con su voz ya muy debilitada, los años pasados en la Zona Oeste como aquellos en los que más había aprendido, en contacto con los pobres, y renovó su compromiso de servicio a ellos.

Don Enrique fue nombrado Obispo por Juan XXIII en pleno Concilio Ecuménico y en sus 19 años de episcopado, transcurridos entre Talca, Santiago y San Felipe, podemos descubrir lo que él un día describía como el proceso de hacerse Obispo. En su plasmación final vemos la imagen de un Obispo posconciliar atento a los signos de los tiempos, viviendo en medio de los pobres, ofreciendo siempre a sus hermanos el don del Evangelio.

### Hijo de Dios y hermano de los hombres

El secreto de su fuerza evangelizadora, que llegó a muchos no creyentes y que nos hizo avanzar a muchos en la fe, fue su opción radical por Dios, el Padre de Jesucristo, y por el hombre, especialmente el pobre, en quien siempre descubrió al hermano. No hubo en él dicotomías, ni verticalismos ni horizontalismos. Era un hombre de oración constante que sentía muy hondamente que Dios camina en esta historia de los pobres y se hace presente en los acontecimientos de hoy. Tenía clara conciencia de que Dios habita entre los pobres, y rastrea diariamente su presencia en largas horas de oración. Ahí, con el Señor, hablaba de los acontecimientos, reflexionaba sobre la realidad, rogaba y agradecía. De esa experiencia de Dios presente en la historia emergía el hombre y el Obispo, que no era el hombre de la oportunidad, del "ahora sí y después no"; el hombre que un día confidenció descubrir en los pobres los ojos de Cristo sufriente y que que-

ría ver desde ellos todas las cosas; el hombre siempre inquieto y capaz de acoger nuevas iniciativas. De esa experiencia de Dios como Padre surgía el hermano cálido y cariñoso que trataba a cada uno como si fuera único; el Obispo que, superando su carácter pacífico y conciliador, era capaz de estar en medio de los conflictos de los sin-casa, de los familiares de detenidos y desaparecidos, de los trabajadores en huelga, brindando siempre la solidaridad de esta Iglesia que quiere sufrir con los sufrimientos de los hombres y alegrarse con sus gozos.

### **La fuerza del Evangelio**

La presencia de Don Enrique en medio de nosotros ha sido un verdadero regalo de Dios, un signo de que Dios vive y actúa, de que Jesucristo ha resucitado y de la fuerza de su Evangelio que, cuando penetra a un hombre hasta sus raíces, lo transforma haciéndolo más hombre y más hermano. Recordando su vida nos confirmamos en que hoy es posible, con la fuerza del Espíritu, vivir el Evangelio en forma integral sumergido en el corazón mismo del mundo.

Es esto lo que explica el impacto que Don Enrique produjo en muchos no creyentes que, durante su enfermedad y después de su muerte, han querido dar testimonio de que a través de él han experimentado la solidaridad de la Comunidad Cristiana. Esto es lo que explica la fuerza evangelizadora de su palabra y de su presencia de Pastor en la Zona Oeste.

### **La victoria sobre la muerte**

Como había vivido, aceptó su enfermedad. Cuando recibió la Unción de los Enfermos se sintió feliz de tener la misión de ser presencia de Cristo sufriendo y de dar su vida por otros que sufrían como él. Fue muriendo día a día en una entrega llena de libertad y encaró el momento final con enorme tranquilidad, pidiendo a todos —son sus palabras— que "en lo profundo de todos los acontecimientos nos encontráramos con Dios", y que "sintiéramos el amor y la ternura del Padre".

Al acompañarle en su paso al Padre, vimos hecha realidad la palabra de San Pablo: "Muerte, ¿dónde está tu victoria?" Experimentamos que, en Jesucristo, Don Enrique venció la muerte, le quitó todo rasgo de oscuridad y fatalidad y dejó traslucir la inmensa paz de ese Dios a quien había buscado anhelante durante toda su vida para servirlo en su pueblo.

En medio de la tristeza explicable de su pueblo, hubo, por sobre todo, un gozo y una seguridad de que con la marcha de Don Enrique Alvear íbamos un poco todos, porque sabíamos que él nos llevaba a nosotros muy íntimamente y que donde está el Obispo, allí estará su Iglesia. □

### **MENSAJE**

19 de mayo de 1982